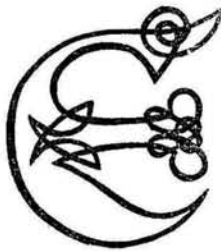


LA MUERTE DEL REY FERNANDO



CNFERMO de gravedad el rey Fernando, siente que la muerte se acerca a paso de muerte. Hoy como ayer el reloj del cementerio avanza un poco.

El rey hace venir junto a su lecho al Cid y le encomienda sus hijos. Toda la familia real rodea de su emoción al enfermo.

—Rodrigo—dice el rey con voz temblorosa—, sólo cuentas veinticuatro años; pero cada año tuyo vale por cinco de otro; así he pensado en ti para que veles por mis hijos y por Castilla. Teniendo tu promesa puedo morir tranquilo... Tú me inspiras más confianza con tu brazo y tu cabeza que cualquier otro de más años que tú.

—Señor—responde el Cid—, castellano soy y os juro que el rey de Castilla será siempre mi rey. Velaré por todos vuestros hijos y trataré que a ninguno ocurra ningún mal.

—Gracias, Rodrigo, me llevo al cielo tu palabra y pediré a Dios que te ayude.

V. HUIDOBRO

Cuando el rey sintió que entraba en la agonía, pidió que lo vistieran con hábitos monacales, se hizo ceñir cilios y conducir a la iglesia.

La triste comitiva sale del palacio real.

Con el rey en el centro, tendido sobre unas andas, se dirige al templo entre cánticos y abades.

Lleva la cruz, a la cabeza, su propio hijo, el bastardo don Fernando, cardenal de Castilla, arzobispo de Toledo y maestro de Santiago.

Le siguen la familia real y la nobleza. Junto a las infantas va Jimena. Detrás Arias Gonzalo, el Cid, el conde Per Ansuers, Alvar Fáñez, el conde García Ordóñez, Martín Antolínez, Per Vermúdez, Muño Gustioz, Galín García y muchos otros.

Luego vienen los hidalgos e infanzones y, por último, el pueblo.

Lloran lentas las campanas en el cielo por su rey.

Llora lento en la tierra el pueblo por su rey.

Tendido sobre ceniza ante el altar, el rey se quita la corona y la hace poner a los pies del crucifijo. Con una vela en la mano oye la misa y comulga. El mismo responde con voz sorda a los oficios.

Los salmos de la muerte llenan de muerte el aire. El último suspiro del rey asciende a Dios entre los himnos y nadie se apercibiría de su muerte si la vela no se cayera de sus manos desde el otro mundo.

* * *

El rey ha muerto. ¡Viva el rey!

Desgraciadamente a la muerte de Fernando Magno no pudo darse el grito clásico. Al fin de su vida el rey cometió un grave error político, y fué el dejar dividido

su reino entre sus hijos, su reino constituido a fuerza de tantas penas y tantas guerras, una vez fraccionado perdía todo su poder, que sólo residía en la unidad.

Esa unidad de Castilla, León y Galicia, que le daba tal consistencia, que pudo imponerse a los reinos de Navarra y Aragón y someterlos a una especie de vasallaje y tutela; esa unidad que le permitió ensanchar sus dominios y penetrar en los reinos moros que no tenían más que someterse a su poder o a su influencia, una vez rota podía despertar rebeliones y facilitar los caminos a la ambición.

El rey Fernando dejó divididos sus Estados entre sus hijos: A Sancho dejó Castilla, León a Alfonso y Galicia a García. Doña Urraca heredó el señorío de Zamora y doña Elvira el de Toro.

El rey ha muerto. ¡Vivan los reyes!

Sólo que muchos reyes difícilmente pueden vivir a l mismo tiempo de los trozos de un solo reino. Entonces el grito de "Vivan los reyes" se convierte en "Mueran los reyes" y se vuelve automáticamente al de "Viva el rey". ¡Viva un rey!

Así lo entendía don Sancho, que por ser el mayor, se consideró defraudado con el reparto del reino de su padre entre sus hermanos.

Además, él comprendía que sólo bajo la unidad podía subsistir el imperio y ser un valor real digno de tomarse en cuenta y capaz de hacerse respetar en cualquier momento, pudiendo sólo así realizar el gran sueño natural de su casta: la reconquista de España, la unificación de la nación hispánica.

Fraccionados, eran tres reinos de juguete, hacían retroceder cien años el dominio español. En una sola mano era ya una fuerza respetable.

V. HUIDOBRO

Nada más difícil que abandonar un sueño. Se puede a veces abandonar una realidad, pero el sueño se convierte en un anhelo continuo, en una obsesión implacable que se aferra a nuestra alma, que se apodera de nuestro organismo y no hay modo de desprenderse de él.

Tres grandes nubes negras de tempestad se forman en el cielo ibérico.